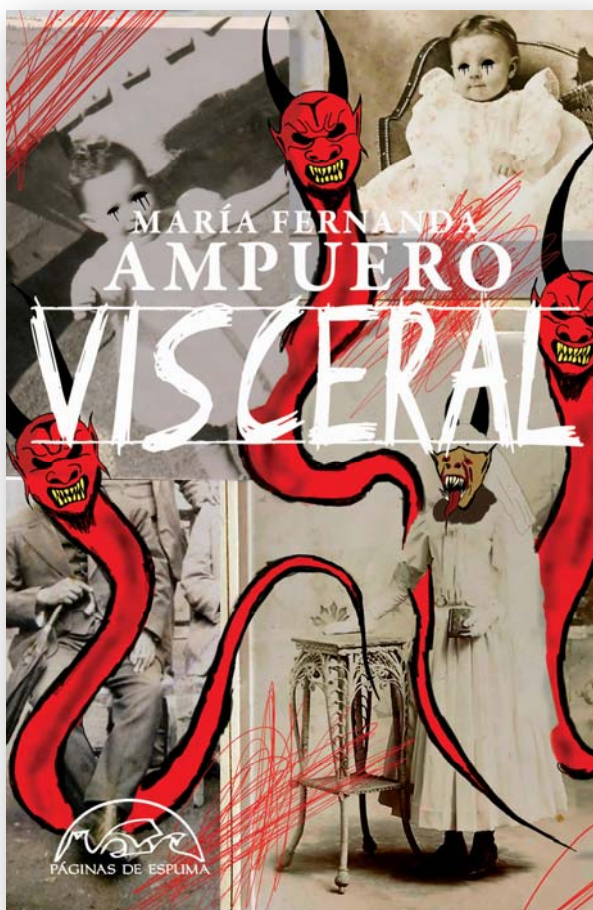


María Fernanda Ampuero

Visceral



De la autora de

PELEA DE GALLOS



Editorial Páginas de Espuma

91 522 72 51 || prensa@paginasdeespuma.com

Información: www.paginasdeespuma.com

Sinopsis

Un cadáver contagiado de virus Covid yace amortajado sobre un sofá doméstico bajo un parasol. Junto a él un cartel dice: "Hemos llamado al 911 y no hay ayuda!!". Es Guayaquil durante un día de 2020. Plena pandemia. Esta imagen de muerte desoladora da pie a explicar qué tipo de golpe, de sacudida, de descenso es Visceral. Después de los éxitos de *Pelea de gallos* y *Sacrificios humanos*, Visceral es un libro mestizo entre la autobiografía, la memoria, la confesión, la autoficción, el ensayo o la metaliteratura que recorre en diecinueve textos (tantos como países tiene Latinoamérica) los miedos y las obsesiones, las experiencias y los recuerdos, las dudas y los conocimientos, los hallazgos y las búsquedas de María Fernanda. Violencia contra las mujeres, contra quienes no tienen nada; el cuerpo ultrajado, el cuerpo rechazado; el deseo y la sexualidad; la salud mental y la obesidad; la salud mental y la infancia; la madre y las maternidades; el poscolonialismo, la ecopolítica, el feminismo; la escritura y la lectura. Un libro monstruosamente sincero, descarnado, demoniaco, furioso y rabioso. Un libro de María Fernanda Ampuero.

De MARÍA FERNANDA AMPUERO se ha escrito:

"Por su formación como cronista, la autora consigue que sus relatos estén siempre adheridos a esa membrana gelatinosa que llamamos realidad. Por su pulso de narradora, los textos son puntualmente poéticos, con fuerza simbólica, tensos, a veces incluso nerviosos." JORGE CARRIÓN, *The New York Times* [en español]

"Las imágenes de Ampuero crean un estado de malestar que, por acumulación, podría dejar de oírse; sin embargo, el cúmulo de devastaciones, narradas con espeluznante eficacia, llegan a provocar una respuesta ética en ese lector que no se tapa los ojos ante las violencias de capitalismo y patriarcado en sociedades cada día más vulnerables a la pobreza y el miedo." MARTA SANZ, *Babelia*, *El País*.

"Sus personajes son mujeres rotas y violentadas, y hombres desesperados y hundidos. Monstruos todos. Monstruos sensibles que se friccionan, viven y matan impulsados por el poder incontestable de saberse, a la vez, víctimas y verdugos." ANTONIO ORTUÑO, *Tales*.

Biografía



Fotografías © Editorial Páginas de Espuma

María Fernanda Ampuero nació en Guayaquil, Ecuador, en 1976 y estudió literatura. Colabora con numerosos medios internacionales y hasta la fecha ha publicado dos libros de crónicas, *Lo que aprendí en la peluquería* y *Permiso de residencia*. En 2016 ganó el premio Cosecha Eñe de relato. *Pelea de gallos*, su primer libro de cuentos, le ha situado como una de las voces más importantes de la literatura latinoamericana actual. Ha sido traducida a distintos idiomas. En esta editorial, ha escrito dos libros de cuentos *Pelea de Gallos* (2018) y *Sacrificios humanos* (2021).

Entrevista

Después de dos libros, *Pelea de gallos y Sacrificios humanos*, que se han convertido en referencia en el actual panorama de las letras latinoamericanas, llega *Visceral*, un ensayo híbrido y mestizo que tiene un punto de partida que no se esconde: la furia. ¿Qué ha hallado en este punto de partida, la furia, para desencadenar visceralmente su escritura?

A las mujeres nos han enseñado que la furia, la réplica, el rencor y la ira no son propias de nuestro género y, de unos años acá, he explorado (mucho) esos sentimientos que me dijeron que debía reprimir desde que era una niña. El libro se llama *Visceral* porque mucha gente ha definido así mi literatura y también a mí misma, pero también porque en la vida pasan cosas que te cambian por dentro, que llegan a las tripas, que se quedan para siempre en el cuerpo e incluso lo transforman. En este libro se habla mucho del cuerpo, el mío y el de todas, y todo lo que significa tener un cuerpo que se puede juzgar, maltratar, drogar y violentar. Lo que debería generar perplejidad es lo contrario: que no estemos todas gritando.

La magnífica fotografía intervenida de Diego Moreno muestra niños que han perdido sus ojos, su mirada junto a unas presencias demoniacas. En esta portada hay una sombra que recorre cada texto de *Visceral*: la pérdida de la inocencia y los miedos a los que estamos sometidos como adultos. ¿Es la pérdida de la inocencia un motor de su escritura llena de miedos, de demonios?

Completamente. Me enfurece que a niños y niñas este mundo infame les arrebatte la inocencia de forma prematura, violenta. Me desgarran que sus miradas se enturbien porque de esa oscuridad ya no se sale. Por eso siempre he sentido una gran conexión entre mi escritura y el arte de Diego Moreno, porque el mal ronda alrededor de fotos en momentos supuestamente felices: bodas, bautizos, cumpleaños y es que es así, las sonrisas que vemos en esas fotos de nuestras vidas, muchas veces son máscaras que nos ponemos ante la cámara mientras lo demoniaco -el peligro, la oscuridad, el daño- nos abraza y nos abrasa.

La familia, y muy especialmente la madre, es recordada, interpelada, cuestionada. Con ella, el núcleo familiar, la ciudad familiar (Guayaquil como lugar literario), el ecosistema familiar con sus lazos familiares y de amistad. ¿Qué función cumple este lugar simbólico y real en la reflexión de estos ensayos?

Creo que es sano revisar nuestro pasado y cuestionarnos los comportamientos de nuestros padres, que son personas al fin y al cabo, en lugar de repetir automáticamente errores aprendidos desde antes de saber diferenciar lo que está bien y lo que está mal. La biografía de cada una es un libro que hay que leer procurando entender lo mejor posible a cada personaje y la función que cada personaje tuvo y tiene en nuestras vidas. Yo en este momento necesito crecer y, para hacerlo, necesito entender las cosas que he vivido, diseccionarlas, interpelarlas y, espero, superarlas. De eso también va *Visceral*, de crecer.

Uno de los temas fundamentales es el cuerpo que se analiza bajo la memoria de una niña empujada a la obesidad y a los terribles remedios, tratamientos, dietas contra la obesidad. ¿Cómo se aborda esta realidad en su ensayo?

Con muchísimo dolor, infinito. Porque a mí me ha costado y me sigue costando superar todas esas ideas que vinculan cuánto peso con cuánto me quieren. Ya soy una mujer y, a veces, me descubro pensando que si me pasa algo malo, que si un amor o amistad se rompen, que si un proyecto fracasa, que si cualquier cosa se tuerce, es porque no soy delgada. Ojo. Sigo permitiéndome pensar que si fuera delgada mi vida sería mejor. A mí me drogaron -no hay otra palabra, lo siento- con pastillas e inyecciones para adelgazar cuando aún era menor de edad y esto lo hizo mi familia, mi madre, quienes más me quieren en el mundo. ¿Por qué? Porque creían, como tanta gente, que tener un cuerpo no-normativo impide a las mujeres ser felices. El resultado de este círculo vicioso es que, como nunca adelgazas, a pesar de las dietas y las pastillas, nunca logras la felicidad. Te prometes a ti misma que cuando seas delgada te van a pasar unas cosas maravillosas y vives colgada de esa esperanza, de esa delgadez futura, de algo que no existe. El presente, en cambio, lo que eres, lo que vives, es sólo sufrimiento.

El cuerpo también es objeto de transgresión, vulneración y violación por parte del hombre. Una niña sufre abusos, una mujer no puede desear. ¿Cómo se percibe esta violencia en *Visceral*?

La niñez está llena de terrores, uno de ellos, yo diría el más inenarrable, es el del abuso sexual. Estás indefensa porque ni siquiera se te ha ocurrido que puede pasarle algo así a una niña buena. No sabes lo que te está pasando ni por qué te está pasando, piensas que tal vez hiciste algo malo, piensas que, además del espanto de lo que estás viviendo, te van a castigar porque es tu culpa, algo hiciste para provocar a esa persona. De esos días en los que la infancia se te rompe no se puede volver. A veces pienso que, como un hámster en una rueda, sigo en esa habitación, con mi uniforme de escuela, con esos peluches, encerrada en ese armario con ese hombre.

Han tenido que pasar demasiados años para que yo pueda hablar de cosas que me pasaron por ser una mujer, en primer lugar, y por ser una mujer deseante, es decir, por pretender vivir mi vida en libertad. Eso se castiga y se castiga horriblemente. Una mujer que es leída como 'fácil', es una mujer a la que no se considera humana y a la que se puede someter a cualquier tipo de violencias, incluso la mutilación, el daño, el asesinato. Una mujer deseante es vista como una cosa, incluso más cosa que una muñeca de plástico. Mucha gente podría pensar que me pasaron cosas espantosas por estúpida y es que la mujer que vive su sexualidad libremente siempre es considerada una estúpida, una irresponsable, una provocadora. Se la acusa a ella. Es un mundo repugnante este en el que a las que queremos gozar del deseo, del cuerpo, del sexo, se nos señala como culpables si un miserable nos hace daño.

Quizá el eje más sólido de *Visceral* sea la salud mental. En una Latinoamérica que tiene abandonadas sus distintas patologías, esta se aborda desde la soledad, la destrucción, la herida que suponen sus síntomas y sus soluciones. Se subraya su naturaleza crónica. ¿Cómo se elabora esta condición y se expresa en su escritura?

Entender e internalizar que tengo un problema de salud mental crónico me tomó años y, de todas las cosas que he escrito, creo que la de narrar abiertamente mi experiencia con la depresión ha sido la que más ha ayudado y acompañado a otras personas que vivían lo suyo en silencio y con culpa. Lo peor de los vaivenes que nos hace vivir nuestra cabeza depresiva es esa sensación de soledad impenetrable y absoluta. Es un fundido a negro, un abismo. Como en todo, saber que esto le pasa a más personas, incluso a personas que consideras exitosas, que salen a la calle, que sonríen, que tienen una carrera, es un bálsamo y un pequeño empujón para buscar ayuda. Por supuesto, ser latinoamericana y tener alguna enfermedad mental es gravísimo por el estigma que tiene 'la locura' en nuestros países y por los precios increíblemente elitistas de la atención psicológica. La ayuda es un privilegio y ahí están las cifras de la enorme cantidad de gente que sufre algún tipo de trastorno mental sin atención profesional y sin medicación adecuada. Por eso las tasas de suicidio, de asesinatos, de adicciones, de personas imposibilitadas de ser parte activa de la sociedad. Es un problema muy, muy grave y los gobiernos latinoamericanos no se dan por aludidos porque al 'loco' hay que ocultarlo, encerrarlo. El 'loco' avergüenza, es un fracaso familiar y social.

Otros temas sustanciales son la migración y la pandemia que tanto sigue transformándonos, fenómenos sociales que acentúan y remarcan todo el contenido del ensayo. Usted ha vivido y vive las consecuencias de la migración y vivió la dureza de la pandemia en Ecuador. ¿Cómo se incluyen ambos aspectos en *Visceral*?

Todavía me impacta lo rápido que nos olvidamos de la pandemia, de que hasta hace poquísimos nos pasamos un año encerrados en nuestras casas y que después todos andábamos con mascarillas, asustados de contagiar y ser contagiados. Vivimos algo tremendo como sociedad y yo, como guayaquileña, lo viví con especial horror. La peste se ensañó con mi tierra, tocó todas las puertas. Murió gente muy cercana y muy querida en soledad, no pudimos llorarlos ni enterrarlos como se merecían: rodeados de amor. Además, las posibilidades de que mi mamá enfermara y muriera eran enormes y cada vez que recibía un mensaje de teléfono pensaba en eso: mi mamá ya tiene Covid, no la voy a volver a ver, la va a enterrar un empleado fúnebre vestido como astronauta. Fuimos asumiendo muchas cosas innombrables con la pandemia (cadáveres en la calle, ataúdes de cartón, fosas comunes, gente que desaparecía en los hospitales, toque de queda) escuchamos historias que nos recordaban a la Edad Media y a las películas apocalípticas. En ese sentido, creo que todos tenemos un estrés post traumático que no asumimos, pero nos hace actuar de maneras inesperadas, absurdas, inexplicables. Mi texto sobre la pandemia en *Visceral* es una mirada diminuta a un problema gigantesco, es mi niebla personal.

La migración a mí me cambió como persona, como ciudadana y como escritora. No hay nada que yo haya hecho en mi vida que haya sido tan valiente y tan aterrador a la vez. Por eso, supongo, empatizo con todas las personas que han tenido que dejar su tierra por las razones que sean. Creo que es importante también poner un espejo frente a nuestras xenofobias y al sentido de propiedad que tienen los países de un trozo del planeta nada más porque hay una línea imaginaria a la que se decidió llamar frontera. En ese lugar se cometen atrocidades todos los días, a cada instante, y de eso hay que hablar, hay que hablar hasta quedarnos sin voz.